



PUBLICACIONES DE LA
ACADEMIA NACIONAL DE
MEDICINA DE MÉXICO

EL PRODIGIO DE LA VOZ EN LA GARGANTA

Dr. Germán E. Fajardo Dolci
Dr. Rogelio Chavolla Magaña

22 de julio, 2026

EL PRODIGIO DE LA VOZ EN LA GARGANTA

Dr. Germán E. Fajardo Dolci
Dr. Rogelio Chavolla Magaña



Todos tenemos una voz, aunque pocas veces nos detenemos a pensar en lo que significa.

La voz no es solo sonido: es pensamiento vuelto aliento, emoción convertida en vibración e identidad hecha presencia.

Hay en la voz una dimensión que ningún texto alcanza a sustituir: cuando oímos la voz de alguien, no recibimos únicamente un mensaje, sino la forma misma de una presencia.

Y, sin embargo, esa experiencia tan íntima descansa sobre una maquinaria prodigiosa: aire que sale de los pulmones, cuerdas vocales que vibran, cavidades que resuenan, músculos que se coordinan con precisión milimétrica y un cerebro que transforma el pensamiento en lenguaje en fracciones de segundo.

La voz es anatomía, fisiología, física, neurología, emoción, cultura y arte al mismo tiempo.

Si queremos entender por qué la voz humana es un prodigio, hay que volver a su origen evolutivo. La adopción de la postura bípeda, la reorganización del cráneo, el crecimiento cerebral y la necesidad de una comunicación más precisa fueron abriendo el camino al lenguaje articulado. Cuando las manos comenzaron a ocuparse del mundo, la gesticulación dejó de ser suficiente. Hacía falta una comunicación más abstracta, más veloz, más compleja y más eficiente.

Pero esta conquista tuvo un precio. En el ser humano, la laringe desciende después de la lactancia, lo que amplía extraordinariamente las

posibilidades de resonancia y fonación, aunque también nos vuelve vulnerables al atragantamiento. La voz humana es, en ese sentido, una maravilla y también una renuncia anatómica.

La laringe no nació solo para hablar. Es, ante todo, un órgano de supervivencia: participa en la respiración, protege la vía aérea, interviene en la deglución, en la tos, en el esfuerzo y en múltiples mecanismos vitales. La fonación es una de sus funciones más extraordinarias, pero no la única.

Su arquitectura es compleja y, al mismo tiempo, de una elegancia admirable. Cartílagos, músculos, mucosa, nervios y cavidades resonadoras cooperan con una precisión extraordinaria. El nervio vago, a través de sus ramas laríngeas, articula una parte decisiva de este sistema. Para que una sola palabra acontezca, el cuerpo entero debe conducirse como una orquesta rigurosamente afinada y coordinada.

Por eso la voz también es acústica y también es arte. Toda voz posee altura, intensidad, timbre y duración. Ninguna es idéntica a otra. Cada voz es una firma biológica y una huella emocional.

Un susurro puede ser intimidad; una voz firme, autoridad; una voz quebrada, dolor, cansancio o ternura. El mismo aparato fonador es capaz de suscitar universos afectivos radicalmente distintos incluso opuestos. La voz no solo transmite: instituye sentido y nos vuelve alguien para los otros.

Si hay un lugar donde la voz alcanza una de sus expresiones más altas, es en el arte. En el canto, la voz deja de ser únicamente vehículo de lenguaje y

se convierte en instrumento, en arquitectura del aire, en emoción organizada. Por eso ha fascinado a la humanidad desde siempre.

Basta pensar en la estatura simbólica de los Tres Tenores: Luciano Pavarotti, con aquella pureza luminosa del bel canto; Plácido Domingo, de voz resonante y poder dramático; y José Carreras, cuyo timbre cálido contribuyó a acercar la ópera a un público más vasto. O en María Callas, "La Divina", que devolvió vida a los grandes papeles con una versatilidad lírica y dramática casi irreplicable. Allí comprendemos que la voz cantada no solo ejecuta notas: encarna destino, vuelve audible la pasión y convierte el aliento humano en una forma de grandeza. Y si se quisiera una prueba contemporánea de esa continuidad, bastaría escuchar a Bad Bunny, cuya música urbana ha llevado el reguetón a una audiencia más amplia mediante una mezcla de géneros, o a Shakira, capaz de habitar con naturalidad el español y el inglés, la intimidad y el espectáculo, la herida y la celebración. En todos ellos, tan distintos entre sí, la voz sigue siendo lo mismo: un instrumento corporal que excede la técnica y se vuelve signo de época, memoria compartida y forma de presencia.

No sorprende, entonces, que desde la antigüedad se haya intentado entender su misterio. Platón, Galeno, Ambroise Paré, Fabrizio d'Acquapendente, Ferrein y Johannes Müller, entre otros, fueron construyendo una historia intelectual de la voz. Durante siglos la entendimos por analogías, intuiciones y observaciones indirectas, hasta que ocurrió un momento decisivo: verla en acción.

Ese salto extraordinario no lo dio inicialmente un médico, sino un maestro de canto: Manuel García. En 1854, con un pequeño espejo de dentista en una mano, introducido en la boca y con un espejo de vanidad en la otra, con la ayuda de un rayo de sol, logró observar por primera vez la laringe viva durante la fonación. Vio la glotis, vio el movimiento, vio el mecanismo real de aquello que durante siglos solo habíamos escuchado.

Ese hallazgo tuvo algo de poema y algo de revolución científica. Nació de la música y transformó la medicina. A partir de entonces, la voz dejó de ser solo misterio filosófico o experiencia estética: se volvió también objeto visible, explorable, tratable. La laringoscopia indirecta abrió una nueva era para la otorrinolaringología y para el estudio clínico de la voz y el canto.

La historia de este conocimiento también llegó a México, gracias al médico Ángel Iglesias. La tradición laringológica se incorporó pronto a la medicina nacional, mostrando que la historia de la voz es también una de circulación del saber entre culturas, disciplinas y generaciones.

Pero la voz no pertenece solo al laboratorio ni al anfiteatro anatómico. También pertenece a la literatura, a la vida pública, a la memoria colectiva. Cervantes lo intuyó de manera profunda: la lengua no es adorno, es respiración social. En su obra, la palabra conserva la cadencia de lo dicho; la frase parece nacer en la boca, el refrán condensa siglos, la réplica revela a un personaje más que cualquier retrato.

La voz también es responsabilidad. No es lo mismo hablar que decir. No es lo mismo ruido que palabra. En la voz se cifra la memoria, la dignidad y la posibilidad de construir un mundo común. Aristóteles y Quintiliano ya habían comprendido que el tono, la pausa y la respiración forman parte de la verdad de lo que se expresa.

Hablar no es solo emitir sonido: es hacer habitable la escucha. Es gobernar, aunque sea por un instante, un tiempo compartido.

Y precisamente porque la voz es tan central, también es frágil. Puede enfermar, desgastarse, perder claridad, potencia, flexibilidad o incluso desaparecer. El tabaco, el alcohol, los irritantes ambientales, el reflujo, las afecciones inflamatorias y el abuso vocal pueden dañarla. Nódulos, pólipos, edemas, laringitis crónica y cáncer laríngeo son

recordatorios de que esta maravilla biológica necesita cuidado.

También el cerebro puede fracturar la voz. En las enfermedades neurodegenerativas, en los accidentes vasculares o en ciertos trastornos del lenguaje, no se pierde únicamente una función: se altera una forma entera de estar en el mundo. Cuando la voz se debilita o el lenguaje se desvanece, no menguan solo las palabras; se resiente también el modo en que el mundo nos reconoce.

Hoy disponemos de tecnologías que amplían enormemente nuestra comprensión: estroboscopia, análisis acústico, resonancia aplicada a la fonación, laringoscopia durante el canto. Podemos ver con detalle lo que antes era invisible. Y, sin embargo, sigue habiendo algo misterioso en la voz.

Ese misterio se hace aún más complejo en la era de la inteligencia artificial. Hoy es posible clonar voces, generar voces sintéticas, producir discursos sin una presencia humana directa detrás. Eso nos obliga a formular una pregunta nueva y esencial: ¿qué hace que una voz sea verdaderamente tuya? ¿El sonido, la historia, la emoción, la memoria, la intención?

Tal vez la voz sea justamente el punto donde la biología se encuentra con la experiencia y el lenguaje con la memoria.

En medicina esto tiene una resonancia especial. No solo importa lo que decimos, sino cómo lo decimos. Una voz puede tranquilizar a un paciente

antes de una cirugía, sostener a una familia en un momento crítico, transmitir confianza, autoridad o cercanía. Puede transformar una instrucción en esperanza.

Quizá por eso el verdadero prodigio de la voz no reside solamente en su arquitectura secreta, en la delicadeza de sus músculos, en la precisión de sus nervios o en la larga historia científica y literaria que ha intentado descifrarla, sino en esa facultad casi milagrosa de volver visible lo invisible: el pensamiento, la emoción, la memoria, el miedo, la ternura y la esperanza.

La voz convierte el aire en destino, la vibración en memoria y el cuerpo en una presencia que cruza la distancia para tocar a otro ser humano.

Con ella nombramos el mundo por primera vez, pedimos auxilio, decimos hola, adiós, nos acercamos, nos alejamos, enseñamos, consolamos, curamos, convocamos y dejamos una huella que a veces permanece mucho después de que el sonido se ha apagado.

Porque en la garganta no vive solo la voz: vive una lámpara de aliento, una música breve y profunda, una patria íntima donde el cuerpo se vuelve palabra y la palabra se vuelve encuentro. Allí, en ese umbral secreto entre el silencio y el mundo, se guarda una parte esencial de lo que somos. Y cada vez que hablamos, aunque no lo sepamos, el cuerpo entero se inclina hacia los demás para ofrecer nuestra señal más humana, nuestra voz que es prodigio desde la garganta.

